
EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

INTRODUCCION.

Las revoluciones arrastran en su desordenada carrera los diques que sus mismos caudillos levantarán. Mientras dura el movimiento que las impulsa, todo cae arrollado ante su irresistible fuerza; pero al sonar la hora de su decadencia misteriosa, el ímpetu reaccionario camina con tanta violencia en la bajada como caminó el ímpetu revolucionario en la subida. Estas épocas, raras por fortuna en la historia del mundo, tienen leyes especiales que, dirigidas por un mismo principio, por un solo pensamiento, ostentan sin embargo innumerable variedad de formas, se espresan en distintos caracteres, en diferentes fenómenos. La violencia de las crisis turbulentas requiere hombres activos y eficaces: para combatir ideas extremas es necesario oponer ideas extremas al espíritu que domina: no hay discusión porque hay batalla: los hombres to-

TOMO II.—5.

lerantes caen arrollados por el principio que reina: los fanáticos mandan, y la inflexibilidad es la primera de las virtudes. Las causas dirigidas por la imparcialidad no tienen en época de revolución esperanza alguna de triunfo: la moderación no halla cabida en el vértigo de las pasiones, y sus palabras parecen á todos sospechosas: la oscuridad, el silencio deben ser su destino: la persecución y la muerte la aguardan en la caliente arena del combate.

Triste hubiera sido el porvenir de la iglesia católica, si no hubiese prodigado en el siglo quinto los tesoros de su infatigable energía. Amenazada en la aurora de su eterna dominación por las teorías arrianas, infestado el mundo con sus creencias, triunfante la nueva secta en África y Europa, mostrando por brazos y por arrimo á potentados y reyes, el catolicismo desplegó sus inmensos recursos, y la unidad religiosa apareció tranquila y segura en el mundo que regeneraba. La heregía debió sus triunfos al fanatismo de los discípulos de Arrio: el catolicismo alcanzó victoria y recobró su poder bajo la

Agosto 1.º de 1841.

égida de sus intolerantes y ardorosos misioneros. En todas partes la fé la fé que no duda jamás del resultado, la fé que nada concede á sus enemigos, que los odia y anhe-la su esterminacion, acaba por vencer los elementos que en su marcha se la oponen. Y si en todas las convulsiones morales del mundo tiene aplicacion esta verdad, puede citarse como esclusiva é infalible en los grandes movimientos religiosos. La lucha de las creencias no admite transaccion: los intereses que se disputan están fuera de la mano del hombre: la verdad que siente no es suya; y no perteneciéndole, no está en su mano dividirla. Lo que bajo el nombre vulgar de fanatismo é intolerancia se conoce, lejos de ser un defecto, es la primera de las cualidades, la necesaria, la indispensable para los apóstoles de una causa cualquiera: San Pablo y Mahoma no debieron, ni pudieron ser filósofos. ¿Y cómo habría de convencer el que no está profundamente convencido? ¿Cómo se puede aspirar á desarraigar lo que ama mas la humanidad, sus creencias religiosas, sin la incalculable fuerza, sin el inmenso prestigio que dá esa fé íntima, exclusiva, que siempre combate, porque nunca retrocede? Ni es posible tampoco esponerse á terribles ultrages, á la befa, al escarnio y á la muerte cruel é ignominiosa del sectario vencido, sin llevar dentro del pecho la grande, la sublime idea de en-

salzar nuevas creencias, ó de restaurar las creencias antiguas á su primitivo vigor. El símbolo que representa ciega á la fé es un símbolo de eterna verdad: la ceguedad es el secreto de su invencible pujanza.

El espíritu católico sostuvo y animó á los cristianos de Asturias en su lucha desigual contra el poder sarraceno. El estandarte de la cruz llevó al fin á los hijos de los vencidos en Guadalete hasta las murallas de Granada, y en la embriaguez de la victoria no bastaba tan completo triunfo á los entusiasmados vencedores. La religion convertida en elemento de combate necesitaba alimento, y el pueblo español entonces deseaba la unidad religiosa en la ya completa y robusta monarquía. No era ciertamente la nobleza, satisfecha con los nuevos vasallos que ganára, ansiosa de acrecentar su número y de ostentar su poder, la que deseaba la espulsion de los moriscos y judíos: no era ciertamente el rey, mas hábil político que fervoroso cristiano, quien solicitaba tal disminucion en la fuerza y recursos de su reino; era el pueblo, la muchedumbre que expresaba enérgicamente su voluntad con atentados parciales imposibles de contener: eran las legiones de ardientes sacerdotes que miraban, como oprobiosa mancha, la existencia del Koran junto al Evangelio; eran por último las órdenes religiosas admirablemente organizadas y dirigidas, que buscaban pasto á su incesante actividad, marchando

al único fin á que podia razonablemente dedicarse su poderosa institucion. Y si alcanzado el objeto, consideramos hoy los tristes resultados que ha producido, si con la espulsion de los moriscos y judios quedó vacilante y débil el estado, fuerza es confesar tambien que Fernando V hizo cuanto pudo hacer en su posicion para contener la tendencia universal que empezaba á cobrar irresistibles bríos. —Pero la causa de la unidad católica tuvo por representante á un hombre esclusivamente preocupado de una idea. Torquemada, exacta espresion del fanatismo de su época, esclavizó con su intolerante energia la voluntad de los reyes católicos; los respetos humanos desaparecian ante sus creencias sinceras pero estremadas, y al morir, dejó echados los robustos cimientos de su obra. No menos zeloso y ardiente, aunque no tan esclusivo en sus medios de accion, Ximenez de Cisneros habia amontonado en las largas maceraciones y penitencias del claustro los tesoros de su profunda energia. Apasionado por la centralizacion del poder, consideraba la religion y la política como una gerarquia inmensa, pero indestructible: admirador de Torquemada, deseaba llevar á cabo la gran empresa de la unidad religiosa en los dominios españoles. Vésele asi fundar la universidad de Alcalá, superior á todos los establecimientos de su tiempo en Euro-

pa, al paso que quemaba los inestimables libros que contenian los secretos de la civilizaci6n árabe. La unidad religiosa tuvo en él poderoso apoyo; y á pesar de las alteraciones y cuidados de su gobierno, no descuidó un punto los medios de propagarla.

Y como si no bastase la espionosa cuestion de los moriscos para apurar los esfuerzos de los activos partidarios de la unidad, como si calmado un tanto su ardiente fanatismo, faltase un estímulo para restaurarlo, comienza la Europa á estremecerse á las coléricas voces de Lutero. Sus escritos inundan en un momento la Alemania, escitando el celo reformista de muchos príncipes y adquiriendo fanáticos sectarios que despiertan de su indolente sueño á la metrópoli del mundo católico. El incendio corre con rapidez abrasando la Suecia, la Polonia y arrancando á la Inglaterra de la comunión romana. En Suiza toman incremento las querellas religiosas, y Calvino comienza á introducir en la naciente secta los gérmenes de anarquía. La Francia, conmovida por las predicaciones, dá abrigo en su seno á las nuevas creencias, y yace á punto de ser completa presa de la triunfante herejía. La reforma amenaza pasar los Pirineos: Pedro de Osma predica sus doctrinas en Salamanca; y hasta en el fondo de los conventos andaluces penetran las ideas del fraile alemán: respetables prelados las

cultivan secretamente, y algunos señores españoles que asistieron á Carlos V en la dieta de Augsburgo procuran estender la nueva religion en su conmovida patria. La Inquisicion lucha con todo su poder, pero hasta entre sus miembros ha cundido la gangrena. La Sede Romana, aturdida con tantos golpes, maravillada al notar la rápida propagacion del incendio y enervada con tan larga seguridad, no tiene fuerzas aun para luchar frente á frente con la invasion. Entonces y en medio de tantas ruinas, de tal contagio, de tantas convulsiones, abdica el emperador en Bruselas: el reino ha pasado á otras manos: la política española está concentrada en la península: Felipe II sube al trono, y comienza otra era y otra política domina.

Durante los últimos años del reinado de su padre, á favor de las empresas que suscitaban los cuidados del imperio, se habia iniciado lentamente el príncipe en el difícil arte de gobernar. Carlos V, conociendo muy de antemano la prudencia de su hijo y sucesor, habíale confiado negocios graves para cuyo despacho le ayudara con sus consejos y esperiencia: así al empuñar su cetro poderoso, hallóse Felipe con fuerzas bastantes para sostener su peso. --Sus viages á Flandes y su matrimonio con la reina Maria, le habian hecho examinar de cerca los recursos y tendencias de la reforma. La Inglaterra, re-

conciliada violentamente con la Sede Romana, habia vuelto á apartarse de la comunión católica, jurando á España eterno aborrecimiento: y levantando contra ella el estandarte, fomentaba las turbulencias en su vasta monarquía. Los estados protestantes de Alemania derramaban en los Países-Bajos fecundos gérmenes de sangrientas alteraciones: las guerras de religion agitaban sordamente el mundo, mientras los sultanes de Constantinopla, aprovechándose de la desunion cristiana, estendian su gigantesco poder y poblaban los mares con su belicosa marina. Infestaban los corsarios berberiscos las aguas del Mediterráneo, produciendo frecuentes alarmas en la costa, causando sérios perjuicios al comercio español, interrumpiendo á veces las comunicaciones de la corona con sus estados de Italia. Estremecida todavia con los recientes golpes del hacha destructora de Lutero, la Sede pontificia abandonaba las riendas del mundo católico que caía á pedazos ante los audaces reformistas. Las insurrecciones dejaban al nacer la semilla de insurrecciones nuevas; la anarquía que reinaba en el mundo moral iba á traducirse en hechos materiales; y el primer levantamiento de los paisanos en Alemania y sus recientes turbulencias eran un ensayo de las calamidades que amenazaban la Europa.

Apenas, tras la abdicacion de Carlos V, recoge Felipe las riendas

de sus estados, comienza á trabajar el movimiento católico lleno de confianza y de fé. Comprendiendo que solo la unidad política y religiosa podia contener las alteraciones que se apoyaban mutuamente, escarmentado con los ejemplos del anterior reinado, persigue á la revolucion en sus últimos atrinchamientos. Las disputas sobre religion ocupaban la actividad cristiana mientras progresaba la media luna: en sus dominios habian de cesar las disputas de religion. El catolicismo con sus antiguos recuerdos, sus magníficas tradiciones, su benéfica influencia, yacía vacilante á los embates de la anarquía reformadora, que, apenas nacida, comenzaba por devorarse y pelear: Era grande, era noble sostener la antigua creencia, arrimar sus hombros al eterno edificio, defender la verdad de lo pasado contra la afucinacion de lo presente, y Felipe II adoptó con vigor inflexible tan elevado papel. Sus creencias, su ambicion, sus intereses de monarca, la felicidad de sus pueblos se unian para indicarle el camino que debía seguir: la resistencia á la reforma fué desde entonces su constante pensamiento. Y nadie puede negar que á costa de mil sacrificios llegó con perseverancia á su fin. Bajo su direccion comienza el catolicismo á luchar en toda Europa con la heregia asombrada al ver las inmensas fuerzas que despliega el gigante que creyó des-

trozado. El protestantismo que llevaba su vanguardia mas allá de los Alpes y de los Pirineos, viene á estrellarse contra estas barreras en impotentes tentativas. La Liga, escitada y alimentada por el monarca español, reconquista la Francia á las doctrinas católicas: los Países bajos, los electorados, la Baviera, la Hungria, la Polonia vuelven á la comunión romana, y el pontificado, sostenido por su poderoso campeón, dicta de nuevo leyes á la asombrada Europa.

Pero en la reaccion violenta que meditaba Felipe II, eran inútiles los hombres que obedecian mas á su razon que á su celo: en el combate á muerte que trababa, perjudiciales eran los que, por imparcialidad ó moderacion, daban armas á los hereges para sostener sus doctrinas. Así la Inquisicion restaurada y con mas pujantes brios, sofocaba en España los gérmenes naciales del luteranismo invasor, deramando en la infestada Flandes la exuberancia de su formidable poder. Y era natural, indispensable que la reaccion acabase en sus gigantescos movimientos con cosas y personas que hubiesen merecido atencion en tiempos mas tranquilos: su ímpetu no podia detenerse, y los que en su camino se paraban, fuesen criminales ó débiles, imprudentes ó culpables, eran igualmente arrollados por la incansable rueda.

Fray Bartolomé Carranza ofrece triste ejemplo de esta verdad en su

adversa y próspera fortuna. Honrado desde su juventud por su aplicacion y su ciencia, subiendo desde la oscura celda del fraile á los mas altos puestos de la gerarquía eclesiástica, primado de la iglesia española, esperando el capelo de cardenal y luego tal vez la silla pontificia, cae repentinamente desde su altura á la prision del santo Tribunal que lo suelta al fin en la orilla del sepulcro. Católico ardiente y sincero, habia luchado con honor á la sombra de su estandarte: puro en su vida privada, religioso en sus costumbres, solícito en su piedad, era la admiracion de su orden: severo, prudente é instruido, honrábale su rey con frecuentes consultas y singulares muestras de estimacion: Carranza sin embargo, fué procesado como herege, y al llegar la hora fatal, abandonáronle á la vez su orden y los prelados, el pontífice y el rey.

¿Abrigó en su pecho el desgraciado arzobispo las creencias luteranas? Su conducta en Inglaterra y la absolucion posterior del Papa son testimonios de la orthodoxia de sus doctrinas. ¿Fué acaso su largo proceso, su dilatada prision el mero resultado de la envidia de algunos obispos, los efectos de la vengativa saña del Inquisidor general como se ha asegurado despues? No es posible creerlo; no es posible creer que bastasen tan pequeños móviles á escandalizar la Europa con aquella cé-

lebre causa, á comprometer en próximo conflicto la sede romana con el monarca español, á arrancar al primer prelado de España de su asombrada diócesis, entre los clamores de un cabildo poderoso y sorprendido. Las pasiones, los resentimientos que escitó el triunfante dominicano, la ambicion engañada de los unos, la envidia solapada de los otros, contribuyeron sin duda á dar á la persecucion del arzobispo el carácter de encarnizamiento cruel que la distinguió, pero el origen depende de causas mas altas y generales. Fray Bartolomé Carranza debió su celebridad no solo á su notable talento y á su vasta instruccion, sino al fuego con que en las filas católicas combatia. Pero su entusiasmo, si bien hijo de profundas convicciones, debia mucho á la soledad del convento: separado del choque de contrarias ideas, abrigaba la exaltacion que alimenta la vida religiosa, y así Carlos V y Felipe II al notar sus vigorosos esfuerzos, procuraron abrir campo al que reputaban inflexible campeón. La suma modestia de Carranza que le hizo rehusar dos obispados, la dulzura de sus maneras y la pureza de su vida le conciliaban un afecto universal. Pero, cuando nombrado para asistir en Roma al capítulo general de su órden y luego al concilio de Trento, pudo el templado y sincero fraile observar de cerca un mundo que no conocia; cuando miró las pasiones humanas ajitarse

entre los grandes intereses de la religión, su celo, exclusivamente religioso, no pudo menos de entibiarse al perder la ilusión que le hacia mirar á todos los prelados como enemigos de profanos intereses. Por otra parte, comisionado por Felipe, rey de las dos Sicilias y de Inglaterra para estirpar la heregía, Carranza llegó á Lóndres con los proyectos mas violentos y los designios mas sanguinarios. Recorrió varias ciudades quemando libros y preparando el suplicio de algunos luteranos pertinaces; pero, al verlos morir con valor y constancia, comprendió que la buena fé podia abrigarse hasta en el pecho de los hereges, y que para todas las causas hay conviccion y fanatismo: desde entonces se amortiguó su vivo celo; y firme en sus creencias, pero buscando medios mas suaves, procuró emplear las armas de la discusion. Pero aun en este campo halló inesperados sucesos: en las frecuentes disputas que sostenia, topaba acaso con algunos atletas que defendian hábilmente su causa esponiendo cantidad de argumentos y desplegando vasta erudicion en materias religiosas: triunfante siempre al fin, tenía el dominicano la modestia de los hombres superiores, confesando que habia estado avergonzado ante la instruccion de sus contrarios y haciendo ámplia justicia á su notable ciencia.—Fácil es concebir el efecto que produciria esta imparcialidad en aquellos tiempos de combate; y

cuando, perdida la Inglaterra, abrió Felipe II la barrera de la reaccion, estas palabras, esta moderacion que ostentára Carranza á vista del monarca mismo, parecieron sospechosas á los ardientes y sombríos combatientes de la unidad eclesiástica. Sus proposiciones, un tanto imprudentes, las concesiones en aquel tiempo exageradas que á sus contrarios hacia con el fin de convenarlos, y sobre todo sus relaciones con luteranos que le complicaron en procesos y delaciones, derribaron de su silla arzobispal á uno de los prelados mas eminentes y católicos de la monarquía.

Las tinieblas han envuelto esta célebre causa comenzada y concluida en los secretos salones de la Inquisicion, entre los rumores del público ignorante y la atenta Europa que suspendia su fallo, dividida en contrarias opiniones. A fines del último siglo publicó D. Pedro Salazar de Mendoza, canónigo de Toledo, una breve reseña de los sucesos del arzobispo primado; pero su historia, reducida á una colleccion de fechas y acontecimientos religiosos, es una apología sin crítica, aunque atendible en razon á la oscuridad que rodeaba cuanto al prelado pertenecia. Posteriormente en su erudita *historia de la Inquisicion de España* ha publicado D. Juan Antonio Llorente un extracto de su proceso lleno de datos curiosos y de raras observaciones; pero el espíritu que domina en toda

la obra es bastante conocido: el odio al terrible tribunal de que formó parte guía la pluma del autor: adversario de Felipe II, se esfuerza siempre en denigrarlo, contradiciéndose á veces y prestándole opuestas cualidades. Llorente empleó su historia como palanca de destruccion contra una institucion grande sin duda, pero que alcanzado su objeto, era una rueda fatal que detenía el carro del adelanto intelectual de España. En su tiempo, decrepita y ciega, solo era instrumento de escándalos é injusticias: de su grandeza pasada, de su existencia poderosa solo quedaban sus procesos y el recuerdo de sus hogueras: pero si hay mucho que lamentar en sus excesos monstruosos, debe recordarse tambien la parte que tomó en el gran combate de resistencia al luteranismo que acabó con el indestructible imperio de la unidad católica: violento fué el remedio, pero violenta fué la enfermedad; y cualesquiera que sean las ideas que predominen en el mundo, es noble, es grande resistir la invasion de la anarquía moral á la sombra del antiguo estandarte que ha conducido la humanidad por tantos años entre arenas y desiertos. El protestantismo ganó terreno en poco tiempo y luego se detuvo para no adelantar un paso y retroceder vencido: hoy se le vé declinar sensiblemente, mientras que el dogma antiguo permanece en su puesto escuchando sin emocion amenazas y pre-

dicciones, dejando en paz á las nuevas doctrinas formularse y establecer gerarquias efimeras que desaparecen como se formaron. Torre combatida por huracanes y tormentas, la unidad católica reina hace diez y ocho siglos estendiendo siempre su horizonte; y obscurecida alguna vez entre las tempestades, levanta al disparse las nubes sus indestructibles muralias entre la universal ruina.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL,
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

En los siglos XI y XII nacieron y se generalizaron las costumbres caballerescas en España por el mayor contacto de las dos sociedades; y así la historia de Avila de Fr. Luis de Ariz hace mencion de las fiestas celebradas en 1107 por el discurso de algunos dias con motivo de las bodas de Blasco Muñoz con Sancha Diaz, en las cuales hubo corridas de toros, torneos de á caballo y juegos de bofordear ó arrojar lanzas, y en las que «Doña Urraca danzó con el gallardo moro Fezmin Hiaya á la usanza de la morería, é los demas otro tal, cada cual con sus moras (1).» Otra prueba de la galantería de los árabes, y de las costumbres caballerescas de España, es la singular aventura ocurrida en 1139

(1) Páginas 2 y 5 tomo 4.º del tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España por D. Casiano Pellicer. Edicion de Madrid de 1804.

junto á las murallas de Toledo y referida por el cronicon latino de Alfonso VII. «Un numerosísimo ejército de moabitas y agarenos (dice), combatió la torre de San Servando; mas las torres altas no sufrieron daño: destruyeron sin embargo los enemigos una torre frente á San Servando, y perecieron en ella cuatro cristianos; muchos de los primeros se dirigieron á Azeca, pero no causaron ningun mal. Despues principiaron á destruir las viñas y el arbolado; mas se hallaba en la ciudad la emperatriz doña Berenguela con gran multitud de caballeros, ballesteros é infantes, que estaban sentados sobre las torres, puertas y muros de la ciudad, para guardarla. Viendo esto la emperatriz, envió mensajeros á los reyes de los sarracenos, que les dijesen: *¿Por ventura no veis que peleais contra mí que soy muger, y de ello no os resulta ningun honor?* Si quereis pelear, marchad á Aurelia y pelead con el emperador, que os espera allí con las armas y el ejército preparado. Al oír esto, los príncipes, reyes, caudillos y todo el ejército, levantaron los ojos y vieron á la emperatriz sentada en el solio real y en lugar conveniente sobre una alta torre que en nuestra lengua se llama alcázar, y vestida como emperatriz; y en torno suyo se hallaba multitud de dueñas cantando al son de las cítaras, campanillas, atabales y laudes. *Pero los reyes, príncipes, caudillos y todo el ejército, despues que la vieron, se maravillaron y avergonzaron mucho y bajaron sus cabezas ante el rostro de la emperatriz, y retrocedieron, y despues no hicieron ningun daño, y volvieron á su pais, habiendo recogido sus emboscadas sin honor y sin victoria (1).*

Esto es uno de los pasages mas interesantes para demostrar la galanteria y generosidad de los Arabes, el respeto

ideal que en esta época se tenia ya á la muger, y la fuerza del honor y de los sentimientos caballerescos en las dos sociedades árabe y cristiana. Empero los ejemplos mas notables de lealtad feudal de deferencia hácia el bello sexo, de valor, de amor á las aventuras y las mas arrojadas empresas, y de piedad religiosa, se hallan en nuestras crónicas castellanas y sobre todo en la general de Alfonso el sabio, rey generoso que promovió en Castilla los sentimientos caballerescos, y escribió la historia de España con el colorido mas poético y romanesco. Esta crónica es la copia mas fiel de nuestras antiguas costumbres, y contando del modo mas patético y dramático el abandono de Dido por Eneas, los amores de Carlomagno con Galiana, hija del Rey moro Galafre, las señaladas hazañas de Bernardo del Carpio, del Cid y de Fernan-Gonzalez, los amores de Gonzalo Gustios de Lara con la hija de Almanzor, los de Zaida con Alfonso VI, la deshonra de las hijas del Cid por los infantes de Carrion, las fiestas, duelos y hechos del mas acabado valor y de la lealtad mas consumada que habian tenido lugar en Castilla, sirvió á escitar poderosamente el valor y el honor, el entusiasmo por las aventuras y las empresas temerarias, y el espíritu religioso, oriental y caballeresco, tan propio de nuestras costumbres. Ella fue ademas la rica mina, en que nuestros romanceros, novelistas y poetas dramáticos hallaron abundantes y fecundos materiales para la composicion de los romances, libros de caballeria y comedias heróicas, que se leyeron y oyeron con el mayor aplauso, por el pueblo español. Imposible seria comprender y esplicar nuestra literatura, y en especial la dramática, sin tener una idea exacta de nuestra historia y costumbres antiguas, reflejadas viva y brillantemente en las crónicas castellanas, y nosotros renunciariamos á juzgar á Calderon, á Rojas y Lope de Vega sin el auxilio que la lectura de aque-

(1) Pág. 574 tomo 24 de la *España sagrada* de Florez.

llas puede prestar. En el inmenso número de medios, que las crónicas suministran, elegiremos los más marcados para probar nuestra manera particular de considerar el teatro español, seguros como lo estamos de que solo así puede este ser bien y cumplidamente explicado. Mas como cualquiera que fuesen el trabajo y esfuerzos artísticos para dar la idea más imperfecta del carácter y costumbres españolas en sus tiempos feudales y caballerescos, jamas acertariamos á describirlas con la sencillez y verdad de las crónicas, preferiremos insertar íntegros algunos de sus más notables pasajes, porque solo de este modo puede aparecer con vivacidad el colorido y fisonomía de nuestra antigua España, tal cual era en sí, y como inspiró á sus más privilegiados ingenios.

La crónica general de Alfonso el sabio, reflejó el mas fiel de las tradiciones, baladas y costumbres populares, supone ya, á semejanza de los romances franceses, la existencia de los sentimientos caballerescos en la época de Carlo-Magno, y hablando de Bernardo del Carpio, el héroe de la famosa batalla de Roncesvalles, dice entre otras cosas: «Fizo el Rei D. Alfonso por la cincuesma (año 813) sus Cortes en Leon, é fueron y cuantos altos omes avie en el reino, é muchos otros de los caballeros é de los otros omes buenos de las villas. E de mientra que duraron aquellas Cortes, lidiaban de cada dia toros, é bofordaban de cada dia tablado é fazien mui grandes alegrías. E los altos omes que vos ya dijimos de suso, á quien llamaban D. Arias Godos, é el conde D. Tibalte, quando vieron que Bernardo non sabie de aquellas alegrías, ovieron gran pesar ende, ca tuvieron, que eran mucho menoscabados é las Cortes menguadas, pues que el en ellas non andaba, é ovieron su acuerdo de lo dezir á la Reina que le dijese que cabalgase por su amor, é que fuese á lanzar al tablado; é á la Reina plogo de ello, é dijol á Bernaldo diciendole: yo vos prometí que

luego que el Rei venga á yantar, que yo le pida á vuestro padre: é bien creó, que me lo dará. E Bernaldo cabalgó estonces, é fué á lanzar al tablado, é quebrantol: el Rei, despues que ovo el tablado quebrantado, fue á yantar. «La Reina pidió al Rei la libertad del conde de Saldaña; el Rei la resistió, negándola despues tambien á Bernardo del Carpio con la mayor aspereza; y este habiéndole referido las batallas en que le habia servido, le dijo: «E agora pues que veo que non queredes darme á mi padre, quitome de vos, é no quiero ser vuestro vasallo; é reptó á todos aquellos que son de vuestra parte en cualquier lugar que me fallare con ellos, si mas pudiere que ellos. E el Rei fue mui sanudo contra Bernaldo, cuando aquello le oyó dezir, é dijol: Don Bernaldo, pues que asi es, mando vos que salgades de la tierra de hoy en nueve dias, é non vos falle yo aqui, ca bien vos digo, que si yo y vos fallo despues deste plazo, que vos mandare y echar de vuestro padre yace. E Bernaldo fuese estonees para Saldaña; é Velasco Melendez, é Suero Velasquez é D. Miño de Leon eran parientes muy cercanos de Bernaldo; é cuando vieron que asi se partie Bernaldo del rei, despediéronse del rei, é besáronle la mano, é fuéronse para tierra de Saldaña. E Bernaldo comenzó estonces á correr tierra de Leon, é de fazer y mucho mal; é duraron aquellas guerras, que ovo entre el Rey é Bernaldo del Carpio mui gran tiempo (1) Bernardo se reconcibió con el Rei, y le ayudó despues en muchas batallas, y sobre ello dice la crónica citada. «E agora sabed los que esta estoria oydes, que en todas estas batallas que avemos dichas, fue Bernaldo del Carpio con el muy noble Rey D. Alfonso el Magno, faziendo tan grandes mortandades en los moros, que mayores non las podia fazer ome del mundo. E en cada una de las batallas

(1) Página 37 de la crónica general de Alfonso el sabio.

pedie siempre Bernaldo por merced al Rei D. Alfonso, que le diese á su padre que yazia preso, é el Rei siempre gelo otorgaba, mas despues nos gelo querie dar. E Bernaldo ovo mui gran pesar desto, é fuese para Salamanca, asi como ficiera en el tiempo del Rei don Alfonso el Casto, é comenzó á correr la tierra del Rei D. Alfonso. E muchos caballeros del Rei D. Alfonso de la tierra de Benavente é de Toro é de Zamora, cuandol sopieron, fuéronse para Bernaldo é prometiéronle de nunca se partir dél, fasta que el Rei le diese á su padre, el conde D. Sándias de Saldaña (b).» Refiere despues la crónica, con entusiasmo las batallas ganadas por Bernardo contra el rey: su alianza con los Héros y la construccion de la fortaleza del Carpio. Avino así que vinieron al rey don Alfonso todos los omes de la tierra, é dijéronle: Señor: en fuerte hora vimos nós la prision del conde D. Sancho, ca toda vuestra tierra se pierde por ende: tanto es el mal, que Bernaldo y face de cada día; é si la vuestra merced fuere, terniamos por bien que sacades de la prision al conde D. Sandias, é que le diesedes á su fijo Bernaldo. E el rey cuando aquello oyó, como quier que oviese ende pesar, díjoles que lo farie: é pues así es, é todos lo tenedes por bien, vayan á Bernaldo el conde Don Arias Godos é el conde D. Tibalte, é díganle de mi parte, que me dé el castiello del Carpio. E los condes fueron luego á Bernaldo é dijéronle: El rey vos envia á dezir por nos, que si le quisiéredes dar el castiello del Carpio, que vos dará á vuestro padre: é Bernaldo, cuando aquesto oyó, plogol de corazon, é fuese luego para el rey. E el rey don Alfonso, cuandol vió dijol: Bernaldo, quiero que ayamos de aqui adelante paz entre nos y vos: é Bernaldo le dijo: Señor; mas gana en las guerras todo caballero pobre que en las paces. E el

rey le dijo: Bernaldo; si vos quisiéredes que ayamos entre mí é vos paz, é queredes que vos dé á vuestro padre, entregadme aquel castiello del Carpio, é Bernaldo le dijo que le prazie; é envió luego dos caballeros de los suyos que entregasen el castiello á quien el rey mandase (1).» Cuenta la crónica á continuacion del modo mas dramático el haberse traído muerto al conde de Saldaña por los caballeros, la profunda tristeza de su hijo, el mandato del rey de salir de sus estados y marchar á Francia, y las proezas de Bernardo del Carpio en este pais; refiriéndose á los cantares de los juglares. Se ve por los anteriores pasages, que Bernardo del Carpio es ya en la crónica de Alfonso el Sabio uno de esos brillantes y esclarecidos paladines de los libros de caballería, que cautivando por heróicas hazañas la admiracion de todos, disponian á su voluntad de reinos, bellezas y coronas. Notable es, para conocer el cabalresco espíritu de la época, la singular aficion que la crónica muestra hácia Bernardo del Carpio, presentándole honrado, leal, amado de todos los caballeros de su tiempo y superior por su valor personal al mismo rey de Castilla. Sus proezas se cantaban por juglares y juglaresas, y ellas se representaron hasta nuestros dias con universal aplauso en el Teatro español.

(Se continuará.)

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

UN RECUERDO (2).

V II.

Hay propiedades características en los monges, por las que se distinguirían en-

(b). Página 44 de la misma.

(1). Pág. 45 de la misma crónica.

(2). Véanse los números 4, 2, y 5.

tre una poblacion entera: una de ellas es el método de su comida; en el tribunal de la penitencia se ve al ministro de Dios, en su aposento al hombre ilustrado, en el refectorio al fraile: en qué esto consista yo no lo sé; pero es indudable que sucede así. Una sala baja, cuya longitud por lo menos era triple que su anchura, estaba destinada para comedor ó refectorio. Sobre una grada de un pie de alta y seis de ancha estaban colocadas doce mesas largas y angostas; en la cabecera de la habitacion bajo un dosel de ennegrecida tela estaba doblemente clavado un cristo de estatura natural, que entre las obras de talla era seguramente de poco gusto, pero la cruz era otra cosa: habia en ella mas verdad, era un pedazo de roble tal como la tierra lo habia producido—la efigie figuraba estar clavada á la cruz; y esta lo estaba realmente á la tapia con unos clavos parecidos á los que los modernos constructores llaman de bellote: dolor daba el contemplar que los buenos monges no habian sido con Jesus mas piadosos que los judios. Dos prolongadas claravoyas daban paso á la escasa luz que alumbraba la estancia; y entre ellas á pocos pies de elevacion se observaba un púlpito de yeso á manera de ganta de fortaleza, adornada con algunas molduras exteriores; á los pies de la sala habia una ventana con una pequeña tabla delante en forma de mostrador, destinada para servir la comida desde la cocina.—Cubrian las mesas unas tiras de toco lienzo, y simétricamente colocadas se divisaban encima una especie de escudillas de pardo barro; ninguna distincion parecia indicar el puesto del prelado, salvo la de sentarse en la mesa colocada en la cabecera. Aun murmuraban entre dientes algun retazo de su oracion los buenos monges cuando entraron en el refectorio, y con los brazos cruzados y la cabeza baja se dirigieron bien al primer sitio que hallaron á mano, bien al que por su orden y categorias se les tenia destinado: cuando to-

dos se hubieron colocado sentóse el Abad y los monjes siguieron su ejemplo: colocado Artal al lado de aquel, al mismo tiempo que era objeto de sus atenciones le convidaba su localidad á observar lo que en las demas pasaba. Grave y taciturna esperaba aquella reunion la comida y por un sentimiento comun tenian fijos los ojos en la ventanilla que daba á la cocina al lado de la cual se habia situado un monge de inferior gerarquía: jamas centinela alguno en vispera de un asalto ha estado con mas atencion ni inamovilidad que el buen religioso al lado de la ventanilla, las mangas del largo hábito hasta el codo remangadas revelaban su disposicion á ocuparse de algun servicio mecánico; pero su aplomo y aire meditabundo daban por el contrario indicios de ser intelectual su ocupacion—El silencio que allí reinaba fue momentáneamente interrumpido por el ruido que al subir al pulpito ó tribuna hizo uno de los mas jóvenes religiosos: en la cornisa que le servía de remate y adorno habia un atril y en él un libro en folio, con alguna mas obesidad de la que á su estatura correspondía: su contenido debia ser cosa de sumo interés, porque estaba cerrado con tan gruesos broches de hierro que mas parecia un prisionero que un amigo: crujiéron los broches, abrióse el libro y comenzó á ojearle con parsimonia el que en la mano le tenia; algo debia buscar, quizas la materia pendiente del día anterior, porque volvía y revolvía hojas con frecuencia; cuando la hubo encontrado una palmada que sobre él dió previno que estaba á punto de comenzar. Artal creyó ya resueltamente que los monges se mantenian con la lectura; pero un ruido que sonó hacía el monge centinela lo sacó de su error: dimanaba este del choque de las escudillas que ponian desde la cocina en la cornisilla de la ventana y de la puerta con el que el buen habitante del desierto las trasladaba á una tabla en las que las iba colocando con la soltura con-

que un mozo de café coloca los vasos en una bandeja. Cuando hubo llenado la tabla, sirvió la mesa en que el prelado Artal y dos monjes mas estaban, y despues sucesivamente lo hizo á todos de la cabeza á los pies; una mezcla de respeto y curiosidad tenia como detenido á Artal y esto le costó quizá el pasar por descortés; pues á no ser así probablemente hubiera comenzado á comer luego que le subieron su racion y sin embargo habria incurrido en una notable torpeza porque aun faltaba algo y este algo era la bendicion: levantóse el abad, rezó su bendicion, contestó la comunidad amen y aquel amen fue como la palabra «fuego» á una compañía á quien se hubiera dado la de «apunten»: en el instante fue ahogado el amen por el ruido poco sonoro y muy armonioso que el facil movimiento de las mandíbulas ocasionaba: tambien el de la tribuna comenzó su lectura grave y pausadamente, y en tono entre penoso y solemne recitaba el origen de la casa, la historia de sus abades y la de las escelencias y virtudes de varios monjes ya difuntos: sin otro incidente que de notar sea, concluyóse la comida reducida á pocos pero abundantes platos si bien de poca sustancia y condimento: el del libro concluyó la lectura, el abad recitó otra oracion y todos se retiraron por el orden con que estaban colocados: Artal saludó al abad para hacer lo mismo pero este le dijo bajo al despendira, deseo hablaros—cuando repuso Artal—á la hora cuarta, no faltaré.

(Se continuará.)

UN SECRETO DE ESTADO.

DRAMA EN TRES ACTOS, ARREGLADO DEL FRANCÉS POR D. Ventura de la Vega (1).

Los azares de las guerras civiles del Parlamento que acabaron con la muer-

te de Carlos I, y los desengaños de la república que concluyeron con la restauracion de Carlos II dan materia al argumento de este drama.—Con la muerte de Cromwell se desataron los nudos que su poderosa mano sostenia; y aunque sin vigor duraba todavia su sistema. Un jóven oficial puritano entra con un destacamento en un castillo solitario, que habita con su hija la condesa de Melrose á buscar á un caballero proscrito, dueño de un secreto de estado: mientras se verifica la requisicion, Arabela confia á su madre que ha ocultado á Sir Jorge Hamilton en el panteon donde no le hallarán, porque él no debe salir sino á una señal convenida: esta señal es el himno nacional de Inglaterra. El oficial se llama Norval: su padre es soldado á sus órdenes: antiguo y ferviente realista, entona el himno entusiasmado y el caballero aparece: está perdido: va á ser fusilado porque tal es la ley, y Norval ha de cumplirla á pesar de sus sentimientos generosos; Hamilton le llama aparte y le confia que los papeles que busca son relativos al honor de una muger, no á la suerte del pais: un mensagero llega entretanto de Londres, con un despacho del parlamento que promete al alférez puritano el grado de capitán y la mitad de los bienes de Sir Jorge si logra fusilarle: indignado de que se le trate como á verdugo y le ofrezcan por un asesinato la recompensa que le negaron por su valor, el pundonoroso Norval pone en libertad al caballero, y confiesa su culpa acude llega su coronel Scatford que le hubiera fusilado sin la llegada de los victoriosos realistas: ofrezca conservar su grado Sir Jorge, pero el oficial puritano rompe su espada porque ha jurado no servir mas que á la república.

En el acto segundo ha triunfado ya la restauracion: Carlos II ocupa el trono y la condesa de Melrose es favorita de la reina. Norval por libertar de la ruina á su padre ha tenido que venderse y to-

(1) Representado por primera vez en el teatro del Principe el viernes 30 de julio.

mar el arcabuz de soldado: el malvado Scatford, indefinido ya, está lleno de vicios y de pobreza. Pero le queda una esperanza: veinte años antes, cuando en vez de ser coronel era médico, en tiempo de las primeras alteraciones, habianle llamado á una cabaña por la noche: no habia luces; una muger yacia en la cama cubierta, con un velo y dió á luz un niño: al resplandor de una aldea incendiada cuyo reflejo entraba en la habitacion, distinguió sus facciones: era una jóven bella y pobre á la sazón, llamada Lucía, tres años despues condesa de Melrose. El conde, pundonoso anciano, habia muerto en la guerra, y Scatford, arruinado, pensaba servirse del crédito de la alta señora como de escalon para su fortuna. Junto al palacio de Londres le ha dado una cita por escrito, y ella acude, conociendo su peligro y queriendo salvar su honra. Scatford le recuerda la aventura fatal, la amenaza y la pide que use de su crédito presentándolo aquella noche misma á la corte: vése obligada á ceder y ambas se retiran. El padre de Norval, Wilfrido, no puede sufrir que su hijo sea soldado y le propone pedir un grado para él: en vano porque no tiene ambicion: Sir Jorge le ha buscado en valde para mostrar su gratitud por el antiguo beneficio; él se ha ocultado siempre: Wilfrido le descubre su nacimiento: no es hijo suyo, es hijo de la desconocida que se detuvo en su cabaña, con un caballero que le recomendó su educacion. Afectado con esta conferencia, apenas escucha Norval á Scatford que llega de paso á la tertulia palaciega y que, intentando hacerle su cómplice, le cuenta que vá á deber su fortuna á una señora, refiriéndole la aventura y la esplotacion que de ella piensa hacer, pero Norval entonces reconoce á su madre; disimula su emoción, finje tomar parte en los proyectos de Scatford sin conseguir que este le confie el nombre de su alta protectora.

Al empezar el acto tercero está lady Melrose fuera de Londres: se ha retirado huyendo de su perseguidor y para

visitar la cabaña donde perdió á su hijo. Scatford es ya coronel de la guardia gracias á su favor, y cada día pide mas en su ambicion insaciable. Norval, cada vez mas indignado, disimula su enojo hasta averiguar el nombre de la que le dió el ser; y entiendo por boca del malvado sus proyectos, mientras la condesa sorprendida en la cabaña por la llegada de Scatford se ha escondido en la inmediata alcoba: desde allí oye los inicuos planes del coronel quien, respondiendo á Norval que le pregunta por el niño de la aventura, asegura que lo cree muerto: entonces, dando un grito, se desmaya lady Melrose: acuden los dos interlocutores; al escuchar el doloroso alarido: Scatford la señala á Norval como su protectora, y el misterio está descubierto ya. Pero entretanto el coronel ha conseguido, á virtud de falsas informaciones, una órden para registrar la casa de Sir Jorge Hamilton á quien desea perder para impedir su matrimonio con Arabella cuya mano pretende el mismo tambien á causa de su inmensa fortuna. A fuerza de amenazas arranca de la vieja condesa de Hamilton una carta y un medallon que le confiara su hijo: enseñáseles triunfante á Norval: el sobre vá dirigido á Lucía, es decir á la muger que despues fue lady Melrose. Espantado el jóven quiere destruir esa prueba, pero Scatford que la mira como cadena para tener siempre atada á su protectora no cede: arroja Norval la máscara y saca la espada para arrancarle el papel fatal: los soldados del coronel van á arrastarle, cuando presentándose Wilfrido con Sir Jorge entrega el despacho de capitán á Norval y á Scatford su revocacion: los soldados se retiran, y ante los dos testigos comienza un duelo en regla, cayendo el coronel mortalmente herido en el corazon: entonces con las ansias de la muerte lee en alta voz la carta: Carlos I pide á la hora de morir perdon á Lucía de haberla engañado, reconoce á su hijo y quiere que lleve su nombre, mandando

que si triunfa una restauracion sea par de Inglaterra. Arabela está presente con lady Melrose que reconoce á su hijo y se arroja en sus brazos: Scatford sorprendido con tal lectura, procura aprovechar sus últimos momentos para vengarse; váse arrastrando hácia la chimenea con el objeto de quemar la carta, mas faltanle las fuerzas al llegar y muere. Norval coge el papel, y desoyendo las súplicas de su madre entrega á las llamas la prueba de su flaqueza aunque con ella aniquile tambien su porvenir.

Tal es en resumen, y si no nos acordamos mal, el argumento del drama cuyo interes crece progresivamente hasta cautivar la atencion de los espectadores. Las situaciones estan perfectamente entendidas y disimulan muchas faltas en los resortes del argumento. Es pueril sin duda que se le ocurra á un soldado puritano cantar el himno realista en el salon y en el momento propio para hacer salir á un caballero proscrito que aguarda de otra parte la misma señal: es inconcebible que en veinte años no haya revelado Wilfrido á Norval su nacimiento en los azares y peligros de la guerra civil, y que luego le descubra el misterio solo con el fin de que sea oficial en vez de soldado, pero estos lunares desaparecen ante el buen arreglo y la originalidad de las situaciones eminentemente dramáticas. La pieza entera es un contraste perpetuo: la desinteresada honradez de Norval lucha con la perversidad egoista de Scatford: los demas personajes sirven solo para presentar estos caracteres con mas viva luz y claridad.

Deseábamos llegar á la ejecucion porque esta vez la ejecucion solo merece alabanzas. En pocas ocasiones ha visto el público un drama mejor representado; ninguno de los actores ha dejado de demostrar en su línea y en sus facultades el esmero con que ha estudiado su papel. Trabajó bien el Sr. Guzman: desempeñó perfectamente su parte el Sr. Romea, y Matilde Diez, que

jamás está fuera de escena, sostuvo su merecida reputacion: en el final del drama, cuando el coronel moribundo está leyendo la carta de Carlos I y en ella el testimonio de la flaqueza de lady Melrose, se vuelve esta á su ignorante hija para reclamar su atencion: «Escucha hija mia, escucha!» le dice la afligida madre, y estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de intensa amargura, de doloroso arrepentimiento y noble severidad, que en medio del silencio con que presenciaba el público la catástrofe no pudo contener sus aplausos á la actriz.

Pero quien se ha elevado singularmente en la representacion de este drama es un actor que adelanta cada dia porque tiene inteligencia y modestia suficiente para escuchar y aprovechar consejos. D. Pedro Sobrado hacia el papel de Scatford, tal vez el mas difícil de todos; y sin embargo desde las primeras palabras conocíase facilmente que lo habia estudiado con singular esmero y aficion. Esos personajes que llamaba el vulgo traidores de comedias son tipos en que hay un tropiezo á cada paso, porque la menor exageracion produce un efecto ridículo. El señor Sobrado ha evitado los escollos: su aplicacion y su inteligencia le han demostrado que las emociones profundas, los impetus secretos de las pasiones se espresan mas con las inflexiones de la voz que con la violencia de los ademanes, y así ha habido entera verdad en el desempeño de su papel. Los dos diálogos con lady Melrose y con Norval, han probado que el estudio puede superar muchas dificultades. El desafio estuvo perfectamente ejecutado, tanto de su parte como de la del Sr. Romea: adviértese facilmente que estaba muy bien ensayado, porque no ha sido uno de esos duelos, acostumbrados hasta ahora en el teatro, en que se cruzan las espadas con las puntas en alto para alcanzar las nubes: esta vez hemos visto estocadas y quites, golpes y paradas en regla, con rapidez y direc-

cion; esta vez únicamente hemos visto representado un desafío. Pero lo que mas tenemos que alabar en el Sr. Sobrado, es la ansiedad de los últimos momentos del coronel; herido en el corazon cayó bien, con convulsiones naturales; y sus conatos para leer la carta y sus esfuerzos para arrastrarse hácia la chimenea en las angustias de la agonía guardaban completa esa verdad dramática tan difícil de alcanzar en ciertas situaciones. El público tiene ya derecho á exigir mucho del Sr. Sobrado pues ha demostrado tantas facultades y aplicación; y puesto que tiene afición á su arte, no tiene porqué desmayar en su carrera: compare sus adelantos en estos últimos meses y verá cuanto puede el estudio si le sostiene la conciencia y le ayudan las buenas disposiciones.

La traduccion y arreglo del drama son de D. Ventura de la Vega que en este género de trabajos ha adquirido ya una reputacion: para demostrarle satisfaccion por su obra, llamóle el público á la escena.

LÍCULO.

SUSPIROS DE AMOR. (1)

Era la noche: debajo
De la gótica ventana
De su hermosa castellana,
Suspiraba un trovador,
Y al lánguido son del arpa
Así cantando decia:
«Vuele á ti, querida mia,
Este suspiro de amor.

«La noche cubre la tierra
Y zumban los aquilones:
Solo veo tus balcones
Del relámpago al fulgor.

(1) Esta composicion y alguna otra del mismo autor que insertaremos en nuestro periódico, forman parte de una coleccion de poesias que con el titulo de ECOS DEL ALMA ha publicado en Paris.

Tú tal vez del sueño gozas,
Olvidándome, en tu lecho,
Mientras exhala mi pecho
Por tí suspiros de amor.

«Ven, oh hermosa! no hay ninguno
Que te adore cual te adoro:
Yo he lidiado contra el moro
En los campos del honor.
A mi lira no hay ninguna
Que la esceda en armonia,
Y continuo el alma mia
Por tí suspira de amor.

«Yo triunfé de cien valientes
En las justas de Viseo:
Tú eras reina del torneo
Y yo quedé vencedor.
Suspiraste cuando en lauro
Coronabas mi cabeza....
¿Fué un suspiro de tristeza,
O fué un suspiro de amor?

«Alma mia! Si del Indo
Los tesoros poseyera:
Si en mi frente reluciera
La corona de señor:
Si se estendiera mi imperio
Desde el Norte al Mediodia,
De tu pecho, lo daria
Por un suspiro de amor.

«De mi largo desconsuelo
Ten piedad, noble Señora:
Solo tu piedad implora,
Tu respetuoso amador.
Nunca mi pasion te dije,
Beldad que adoro y admiro,
Por quien mi postrer suspiro
Será un suspiro de amor.»

Se abrió entonces el balcon
Y una voz melodiosa
Respondió misteriosa
Al canto del trovador
El calló; lánguido luego,
De la gótica ventana
De la hermosa castellana,
Salió un suspiro de amor.

E. DE OCHOA.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.